



Los danzantes de fuego (detalle), México, 1958, Óleo sobre tela 141 x 160 cm. / Pedro Coronel

Sabuesos nortños en el cuento policiaco.

Resucitando al detective

José Salvador Ruiz*

La figura del detective privado ha evolucionado enormemente desde su aparición en la literatura. Hace tiempo que no tenemos investigadores al estilo de Auguste Dupin o Sherlock Holmes. En México fueron reemplazados por figuras más creíbles para nuestro entorno como Héctor Belascoarán Shayne de Paco Igancio Taibo II. Sin embargo, en los últimos años la figura del detective privado fue perdiendo popularidad; simplemente no resultaba creíble en una sociedad donde el crimen es omnipresente y la violencia hiperbólica. Lo mismo ocurrió con detectives pertenecientes a corporaciones policiacas. Más creíble resultan investigadores de profesiones como el periodismo o ciudadanos hartos de la impunidad, producto de la ineficiencia y la corrupción. A pesar de esto, en años recientes han resurgido los personajes detectives, ya sean privados o pertenecientes a alguna corporación. Algunos ejemplos en la novela tenemos al Zurdo Mendieta, protagonista de las novelas de Élmer Mendoza; a Ramón Cabrera, policía de *Los minutos negros* de Martín Solares; o al Comandante Amarillo, de *Policía de Ciudad Juárez* de Miguel Ángel Chávez Díaz de León, entre otros.¹

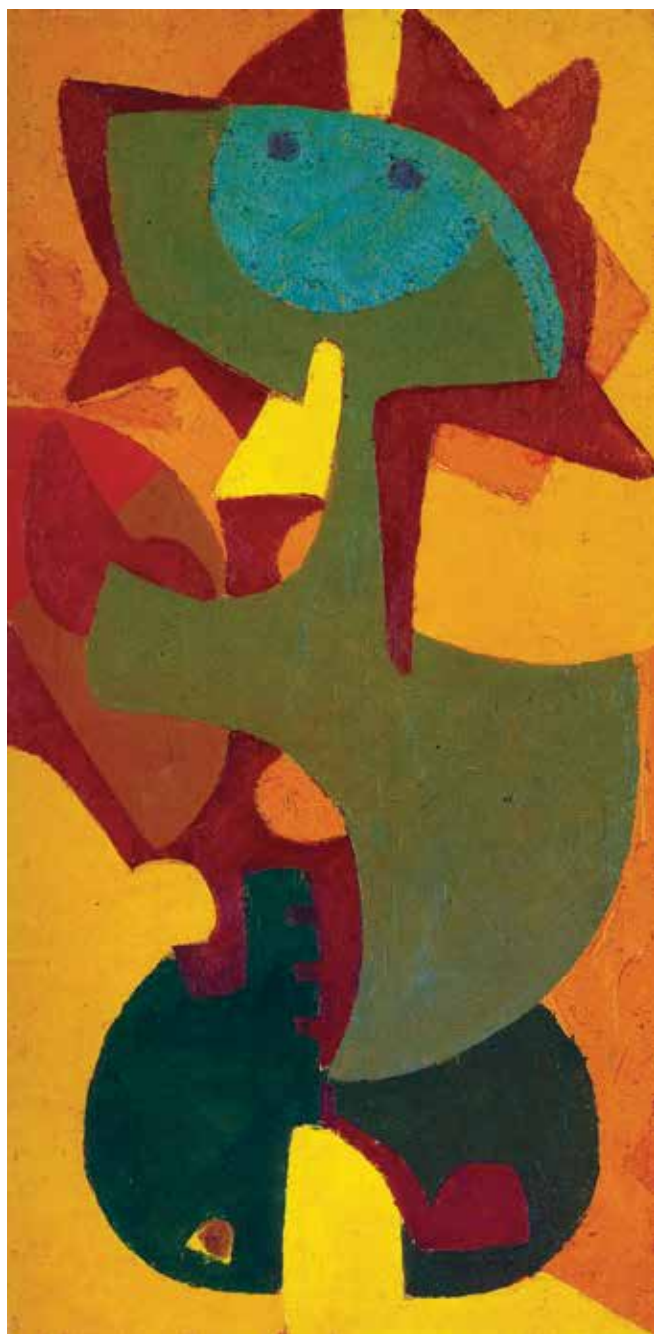
En el cuento nortño han resurgido algunos sabuesos privados así como detectives o policías de corporaciones policiacas. Por cuestiones de espacio, presentaré aquí a solo tres de estos sabuesos nortños, dos detectives privados y un policía, que sobreviven en un contexto de impunidad, corrupción política, narcotráfico y violencia: toda una gama de problemas cotidianos exacerbados en un contexto de neoliberalismo salvaje. Bajo este panorama no resulta raro entonces que estos vean por sus propios intereses por encima de la búsqueda de la verdad o el orden social. Muy alejados están de ello cuando lo cotidiano es el desorden y la violencia, los detectives se mimetizan y buscan salvar el pellejo y sacar la mejor tajada en el intento.

Los dos detectives privados que incluyo en este breve texto comparten características similares. La más evidente de ellas es anteponer su bienestar por encima de cualquier otra cosa. Su lealtad se cotiza en dólares y puede cambiar de la noche a la mañana. En efecto, tanto el Hammet, creación de José Manuel Di Bella, como Cisneros, detective de José Juan Aboytia, son tipos que no la piensan dos veces para cambiar de chaqueta. El Hammet es

protagonista de dos cuentos de Di Bella: “Ciudades desiertas” (2010)² y “La cosa nuestra” (2014).³ Ambos cuentos tienen las peculiaridades de ubicarse en la frontera Mexicali-Caléxico, además de la presencia del narcotraficante chino Lun Sing, quien domina el corredor San Francisco-Culiacán. En ambos relatos el Hammet es contratado para asuntos ilegales por personajes de dudosa calidad moral y los traiciona porque Lun Sing le llega al precio. Otra peculiaridad del detective es que sus casos se resuelven por sí solos, en “Ciudades desiertas” su misión era dar con Lun Sing pero fue éste quien dio con el detective y compró su silencio. De igual forma, en “La cosa nuestra” no llevó a cabo el cruce de los 50 millones hacia Estados Unidos para el que fue contratado por un “abogado-ter”, prefirió aceptar el trato que le propuso el narcotraficante chino: fingir su muerte y huir a Japón con un millón de dólares. Así, mientras los mese-ros traían un suculento cerdo, el Hammet escucha la propuesta de Sing y sólo dice: “Estamos... y se abalanzan sobre el cerdito sin misericordia, preocupaciones, remordimientos o incertidumbres, salvo el imperativo de aprender japonés” (96).

José Ceniceros es el detective del enseñadense, radicado en Ciudad Juárez, José Juan Aboytia y aparece en los relatos “Robo a la joyería La Fortuna”⁴ y en “El Black Jack”.⁵ Ceniceros es también un detective carente de ética profesional. Sus casos no tienen el objetivo de aclarar muertes sino de vengarlas, por lo menos así ocurre en su primer caso. Es una especie de eslabón, de intermediario que facilita a otros obtener una satisfacción en ausencia de la justicia a la que no pueden acceder debido a la corrupción y la impunidad del poder. Para lograr sus objetivos Ceniceros contrata al Bronco, otro personaje recurrente en sus cuentos, para hacer los trabajos sucios. Es, pues, un detective que se desenvuelve en el bajo mundo y que funciona como justiciero en una sociedad sin justicia. Es otro detective con suerte: no hay una investigación, el único esfuerzo que hizo Ceniceros fue hacer dos llamadas al Bronco, a quien realmente nunca le informó que había recibido dos pagos de distintas personas por el mismo trabajo. Dos mujeres que querían vengarse del mismo hombre por distintos motivos. Al final Ceniceros recibió “tres llamadas, dos voces femeninas agradecidas, una masculina también diciéndome gracias por el jalecito. Veo mi cuenta del banco, nunca estuvo tan llena de números” (53).

El mundo de la corrupción policiaca es retratado a cabalidad en los cuentos protagonizados por Primitivo Machuca Morales, mejor conocido como el Teniente Morgan, creación del lagunense Jaime



Sin título, México, 1973, Óleo sobre tela
80 x 40 cm. / Pedro Coronel



Los danzantes de fuego, 1958, Óleo sobre tela 141 x 160 cm. / Pedro Coronel

Muñoz Vargas. Es un personaje completo, construido desde la cultura popular, un policía que bebe cerveza Indio, fuma Raleigh, ve películas de los Almada, escucha a Los Cadetes de Linares y lee la novela policiaca con fervor. A diferencia de los cuentos anteriores, los casos del Teniente Morgan sí tienen el elemento detectivesco: todos inician con un crimen que el Teniente resuelve con un instinto sabueso envidiable. Morgan es un Sherlock Holmes con botas norteañas, tiene del detective inglés la deducción y un conocimiento de la mente criminal. Sin embargo, los casos los resuelve no para restablecer el orden social, el cual no existe, sino para su propio beneficio. En la siguiente cita Morgan da con el asesino de su prima, pero éste le ofrece 20 mil pesos:

Silencioso, sin perder compostura, el Teniente Morgan sacó sus Raleigh y encendió uno. Echó luego una poderosa nube de humo y miró a los ojos de Zataráin.

— Aquí muere, pues.

— Aquí muere, Teniente. Ni usted ni yo nos conocimos nunca (33).⁶

Como en los relatos anteriores, el investigador ve por sus intereses dejando atrás cualquier intento de llevar al culpable a la justicia.

Los tres detectives son producto de su tiempo, de su contexto histórico, del entorno de guerra contra el narco y sus secuelas. En ese sentido, no es de extrañar que, además de salvar el pellejo, busquen asegurar su futuro, aunque éste sea tan incierto como la verdad.

* Doctor en Literatura Mexicana por la Universidad de California, San Diego. Docente - investigador del Imperial Valley College.

¹ Otros casos recientes son *Hielo Negro* y *36 toneladas*.

² En *Cuentos chinos*. Instituto Sudcaliforniano de Cultura, La Paz, 2010.

³ En, José Salvador Ruiz y Gabriel Trujillo Muñoz (comps.), *Expedientes abiertos. Cuentos policíacos de la frontera México-Estados Unidos*. UC Colorado Springs/UABC/Editorial Artificios, Mexicali, 2014.

⁴ José Juan Aboytia, *Contiene más escenas de ficción explícita*. Relámpagos en el Pantano, Ciudad Juárez, 2006.

⁵ Revista *Tierra Adentro*, 158, 2009.

⁶ "El caso de la ingrata pérfida", en *Leyenda Morgan (Cuatro casos del sensacional policiaco)*. Secretaría de Cultura del Distrito Federal/Ediciones sin Nombre, México, 2011. El cuento "Muerte en un baño turco" se publicó en Ruiz y Trujillo Muñoz (comps.), *op. cit.*

Fecha de recepción: 2015-05-21

Fecha de aceptación: 2015-05-28